

¿diremos que á medida que se civilizaban, ingertaban esta creencia inferior á sus creencias superiores? Cuando recordamos hechos que todo el mundo conoce como por ejemplo que los Romanos sacrificaban no solamente á sus muertos más recientes, si que tambien á los más antiguos, fundadores de sus familias, lo que hace el Amazulú de nuestros días, ¿deduciremos que no han conocido este culto, en tanto vivian errantes en Asia, y que al contrario en esta época adoraban únicamente fuerzas de la naturaleza que personificaban, y que á medida que se civilizaban adoptaban la religion de pueblos ménos adelantados de lo que lo estaban ellos mismos? Esto seria imposible, aun cuando de la misma manera no encontrásemos indicacion alguna respecto de las creencias primitivas de los Aryas; todavía lo es más desde el momento que sabemos lo que eran estas creencias primitivas. Tal como sus escritos sagrados nos las demuestran, eran esencialmente iguales á las de los bárbaros actuales. «El Indra heroico que gusta de la alabanza» y en honor de quien se canta el himno en el momento del sacrificio, con la esperanza de obtener «la asistencia del Bien-armado, del Tonnante,» no es más que el antepasado considerablemente aumentado. Las palabras del richi Aryo: «Amigo, trae la vaca lechera y trae un himno nuevo,» no dejarían de ser pronunciadas por el jefe zulú en el momento del sacrificio. Si son precisas nuevas pruebas para hacer constar que el Indra era primitivamente un hombre, hallamos una en la frase relativa al brebaje embriagador hecho de la planta sagrada: «El soma no alegra nada á Indra, si no se derrama en libaciones,» lo cual es exactamente la misma creencia de un africano respecto á las libaciones de cerveza que ofrece á un espíritu antecesor. Vemos en el Rig Véda que los hombres que han ganado la entrada del cielo por sus virtudes, gozan de una existencia parecida á la de los dioses; en fin, sus «antiguos y piadosos sabios que compartian la felicidad de los dioses,» se les suplicaba que se manifestaran «propicios» y concedieran su proteccion á los hombres. Las leyes de Manu contienen todavía pasajes más explícitos. En ellas vemos que los *manes* comen la comida fúnebre; que el jefe de familia debe hacer cada día una ofrenda para hacerse acreedor á la buena voluntad de los *manes*, además de una ofrenda mensual. En fin, en otra prescripcion encontramos un ejemplo de una analogía innegable con las ideas de los salvajes, cuyos dioses superiores son los espíritus dotados de un poder superior: al objeto de conservar las ofrendas reservadas para los *manes*, es preciso que el cabeza de familia empiece por una ofrenda á los dioses para que éstos no se apropien lo que se destina á los *maues*!

¿Son, pues, una excepcion las razas semíticas? Seria preciso antes de ad-

mitirlo tener pruebas, y no las hay. Los hechos positivos que recogemos dan á creer lo contrario. Recordemos que las costumbres de la vida salvaje no son nada favorables á la evolucion de la teoría espiritista, y nos parecerá evidente que si los antiguos Hebreos, como otros pueblos de hoy, no se habian elevado á la concepcion de la existencia perpétua de los espíritus, el culto de los antepasados no podia existir entre ellos como costumbre establecida, no porque fuese inferior á ellos, sino porque las condiciones de su existencia no eran adecuadas. Añadamos que el silencio de sus leyendas sobre esta cuestion no tiene más que un valor negativo, y que se está expuesto á interpretársele mal, como todas las pruebas negativas. Otro motivo general tenemos de una manera especial para creer que esta prueba es ilusoria. En efecto, entre otros pueblos, hay tradiciones que no dan cuenta alguna de los usos que existian y que eran así mismo dominantes; ello es que las leyendas no señalan más que los acontecimientos extraordinarios, prescindiendo de los comunes. Trátase en ellas de aventuras interesantes de ciertas personas, no de sus costumbres sociales que casi no pueden descubrirse más que adivinándolas, y que pueden perfectamente no haber dejado huella alguna en un punto dado. Así, para presentar un ejemplo, las leyendas de los Polinesios casi no dicen más que lo que la Biblia sobre el culto de los antepasados, y sin embargo, este culto florecia entre ellos. Se observará tambien que los libros sagrados de una religion oficial pueden dar ideas muy falsas de las creencias reales de los que la profesan. Esto nos lo prueba los dos hechos de que hemos dado cuenta incidentalmente. Los Turcomanos, á pesar de ser rígidos mahometanos, esto no les impide ponerse en peregrinacion á las tumbas de ladrones canonizados: ruegan á los espíritus de estos bandidos. Los Beduinos profesan el mahometismo, y sin embargo no dejan de hacer sacrificios sobre las tumbas de sus antepasados. En estos dos ejemplos vemos costumbres en cuya existencia no habriamos creído, si nos hubiésemos limitado á sacar deducciones de los preceptos del Coran. Ahora que estamos preparados, volvamos á ocuparnos de las protestas que los profetas hebreos lanzaban contra las diversas formas de cultos que los Hebreos conservaban y que estaban en uso en otros pueblos, y comprenderemos que la religion cuyo espíritu es la Biblia, difiere mucho de la religion del pueblo. La idolatría no era el solo culto en el cual perseveraba la nacion israelita á despecho de la reprobacion de la Biblia, tres más habia todavía; y en el número de las ceremonias en uso del todo degradadas entre los pueblos semi-civilizados, es preciso contar la prostitucion en los templos. Además, el lazo que unia el uso de los trajes de luto y la práctica del ayuno, así como tambien la prescripcion

que impedía á los Hebreos verter su propia sangre y cortarse el cabello en honor de los muertos, induce á creer que han conocido ritos semejantes á los que se encuentran entre los pueblos dedicados al culto de los antepasados. Hay más todavía. El hebreo que lleva una ofrenda de las primicias á Jehovah, está obligado á decirle que no se la ha «hecho á un muerto (1)». De donde se puede deducir que el culto de los antepasados estaba tan generalizado entre los Hebreos, antes de haber sido reprimido por un culto superior, cuanto lo permitían las costumbres nómadas.

Pero que esta razon sea suficiente ó no para afirmar que ha existido entre los Hebreos un culto de los antepasados imperfectamente desarrollado, hay pruebas de que este culto ha existido y existe aun entre otros pueblos semíticos. Abundantes pruebas hallaremos en los pueblos actuales de la Arabia. En un artículo titulado: «El culto de los antepasados divinizados en el Yemen,» insertado en los *Comptes-rendus* de la Academia francesa, M. Lenormant, despues de haber comentado ciertas inscripciones, añade:

«Hé aquí repetida dos veces una lista completa de nombres evidentemente pertenecientes á los antepasados ó á los parientes del autor del epítapho. Despues de estos nombres vienen los títulos que estos antepasados llevaban en sus vidas. Sus descendientes les invocan al mismo tiempo, en el mismo rango, al mismo objeto, que los dioses (citados en la misma fórmula); en una palabra, les ponen realmente al mismo nivel que los habitantes del cielo... Estos son incontestablemente los hombres divinizados que recibían un culto de familia, dioses ó genios para los de su raza.»

Encontramos una prueba de igual valor en el párrafo siguiente que transcribimos del *Essai sur l'histoire des Arabes*, de M. Caussin de Perceval. Hablando del tiempo de Mahoma, dice:

«La mayor parte de la nacion (es decir, todos los que no eran judíos ni cristianos) eran paganos... Tenían muchos dioses: cada tribu, hasta cada familia tenía uno que era el objeto de su culto particular. Se admitía la existencia de un dios supremo (Allah) á cuyo lado los otros dioses desempeñaban el papel de intercesores... Unos creían que con la muerte acababa todo, y otros en cambio esperaban una resurrección y otra vida.»

(1) Deuteronomio, XXVI, 14. Eclesiástico, VII, 33. Tobias, IV, 17.

Este párrafo levanta varias cuestiones importantes. El último hecho citado en el mismo nos recuerda la creencia de los antiguos Hebreos ó su no creencia. Además, esta divergencia de opinion entre los Árabes, sedentarios algunos de ellos, nómadas los otros, está de acuerdo con la idea que hemos ya adelantado de que las costumbres salvajes son ménos favorables que las de una vida sedentaria al desenvolvimiento de un culto destinado á obtener el favor de los espíritus y de todas las consecuencias de este culto. En cuanto á la idea de un dios supremo que entre ellos existe al lado del culto de los antepasados, es evidente que las hordas nómadas que con frecuencia se encuentran en contacto con grandes pueblos relativamente civilizados de éstas hubieron de sacarla. Es de esta suerte que en nuestros días los salvajes la reciben de los Europeos que les visitan. Pero entre los Beduinos se vé bien que la creencia adoptada es vaga y superficial; su mahometanismo, segun Mr. Palgrave, no es casi más que una sombra; pero la realidad de su culto de los antepasados se demuestra por los sacrificios que hacen «devotamente» sobre las tumbas. No se puede, pues, negar ni para los Semíticos ni para los Aryos que hayan practicado el culto de los antepasados.

Ahora parece que los mitólogos consideran estas observaciones como perteneciendo mejor á un orden moral que á un orden religioso, es decir, como si no pertenecieran á lo que se llama propiamente culto. Examinemos, pues, en los hechos la distinción que se pretende hacer.

Cuando vemos que los naturales de Nicaragua han adorado los *teotes*, quienes segun ellos serían los hombres antiguos, sus abuelos, se nos permitirá aceptar el hecho tal como se presenta, porque estos pueblos pertenecen á una raza muy inferior; pero cuando leemos en las *Leyes de Manu* que «los hijos de Marichi y los de todos los otros richis (antiguos sabios), descendientes de Brahma, son llamados Compañías de los Pitris ó de los abuelos (1),» no es preciso entender la paternidad en el sentido literal, sino en sentido metafórico; entrambos pueblos eran Aryos. Si un Amazulú que sacrifica un toro empieza por invitar «el más antiguo Itonga conocido» (el más antiguo espíritu antecesor), ó si procura de otras maneras nombrar en primer lugar un espíritu que él crea irritador porque no le ha hecho sacrificio alguno, estos hechos atestiguan las ideas groseras de una raza incapaz de llegar á una civilización superior. Pero si las *Leyes de Manu* dicen: «Que se haga una ofrenda á los dioses

(1) Sir W. Jones Works, V, III, 164.

al principio y fin del *sráddha*: no es preciso que empiece y acabe por una ofrenda á los antepasados; pues aquel que empieza y acaba por un sacrificio á los Pitris, no tarda en perecer con sus hijos (1); es preciso ver la aptitud demostrada del espíritu aryo para distinguir el sentimiento religioso que inspira una parte del sacrificio del sentimiento moral que inspira la otra. Los negros que viven en los bosques, cuando sufren algun mal, para implorar el socorro de los espíritus de sus parientes muertos, revelan, por medio de las concepciones implicadas en estas prácticas, la inferioridad de su raza; pero no deben confundirse éstas con las de los Iranios evidenciadas en el *Khorda Avesta*, donde se implora á las almas de los abuelos por medio de plegarias (2). Los sacrificios frecuentes con los cuales los antiguos Egipcios honraban sus muertos, á saber, «tres fiestas de estacion», doce «fiestas del mes», y doce «del medio mes», es evidente que formaban parte de su religion; ¿no eran en efecto Turanios y adoradores de los antepasados? Pero es menester interpretar de otra manera las ofrendas que los Romanos hacian á sus Lares en las calendas, á las nonas y á los idus de cada mes, ya que estas ofrendas no eran para los abuelos más que señales de respeto. Cuando un salvaje en cada comida echa un poco de los manjares y bebidas que toma para los espíritus de los muertos, lo hace para alcanzar su favor; pero el Romano que ofrecia parte de sus alimentos á los Lares, no lo verificaba al mismo fin. Y si en el momento de salir de viaje el Romano rogaba á sus Lares le concedieran un feliz regreso, no les atribuía el poder que el Veddah ó el Indio reconocen á los espíritus de sus parientes cuando les pide su auxilio al partir para la caza. Todavía ménos debemos admitir la menor semejanza entre las ideas de los pueblos sanguinarios, los Mejianos, Peruanos, Chibchas, Dohomianos, Achantis y otros que inmolan víctimas en los funerales, y las ideas de los primeros Romanos que ofrecian sacrificios humanos sobre las tumbas (3). Los Romanos pertenecian á uno de los más nobles tipos de la humanidad; así, pues, debemos deducir que han legado esta costumbre á los pueblos pertenecientes á un tipo más vil, de que estaban rodeados.

¿Qué es dable pensar de estos métodos de interpretacion? Lo ménos que se puede decir es que de estar uno autorizado para usar tales hechos, el más débil dialéctico podria sin temor alguno probar de demostrar todo lo que se le antojase.

(1) *Ibid.*, 147.

(2) Sapiegal, trad. du *Zend Avesta*, III, 131.

(3) Smith, *Dictionary of Greek and Roman antiquities*, 559, 560.

Es una afirmacion sin fundamento la de pretender que las razas superiores no han pasado por este culto inferior; para cerciorarnos de ello bastará recordarse que el culto de los antepasados ha persistido hasta nuestros días en las naciones más civilizadas que pertenecen á estas razas. Se le encuentra en Europa entera, ora débil, ora fuerte, á despecho de la influencia represiva del cristianismo.

Entre los mismos protestantes percíbense todavía las ideas y los sentimientos primitivos y algunos de los actos que ellos inspiraban. No me refiero precisamente á la costumbre de adornar con flores las tumbas que nos recuerda las ofrendas de flores que hacen á sus abuelos, así como á sus dioses, los pueblos que conservan el culto de los antepasados: esa costumbre generalizándose á medida que la reaccion ritualista aumenta, puede pasar por uno de los efectos del despertamiento del catolicismo. Entiendo hablar de ciertos hechos ménos aparentes. Es evidente que á menudo nos representamos á nuestros parientes muertos, dándonos á conocer su aprobacion ó desaprobacion. Los deseos que ellos expresan toman carácter sagrado que no tenian durante la vida de los mismos. Los sobrevivientes se figuran que saben lo que se deja de hacer y que se ofenderian si vieran que sus intenciones no se habian realizado. A veces se cree ver un retrato censurando á un descendiente que obra mal; en fin, el deseo de no desobedecer los deseos de un muerto, representa ciertamente el papel de un motivo de abstencion. Es evidente que por vagas que hayan sido las nociones primitivas de subordinacion y propiciacion no han desaparecido completamente.

No obstante, entre los pueblos católicos de Europa es en donde esta religion primitiva se demuestra de la manera más clara. Las pequeñas capillas que los católicos ricos edifican en los camposantos, son á no dudar las análogas de las tumbas monumentales de las antiguas razas. Si acto de adoracion es la creacion de una capilla á la Virgen, es imposible que no exista aquella en el hecho de levantar la capilla sobre la tumba de un pariente. Sin duda alguna todos cuantos rezos se recitan en estas capillas ó sobre estas tumbas, son por lo general hechos en favor de los muertos; pero yo sé por dos franceses católicos que, por excepcion, cuando se supone un pariente religioso en el cielo y no en el purgatorio, se le dirigen los ruegos para obtener su intercesion. Uno de nuestros corresponsales franceses lo niega, pero reconoce que la opinion pública canoniza los hombres y las mujeres muertos en fama de santidad y que se los adora. «Así, dice, he visto en Bretaña la tumba de un sacerdote muy piadoso y caritativo cubierta de coronas, á la que acudían en tropel las gentes